

## BOSQUEJO DEL CARÁCTER DE MADAME BLAVATSKY

Por Henry Steel Olcott

Publicado en *Old Diary Leaves*, Vol. I, 1895

Ella era, incluso en su juventud, a juzgar por sus primeros retratos, una persona llenita, y más tarde en su vida se tornó corpulenta. Aparentemente, eso era una característica de familia. En su caso, esa tendencia se vio agravada por la forma de vida que ella llevaba, casi sin hacer ejercicio físico alguno y comiendo mucho excepto cuando estaba seriamente enferma. Incluso entonces, a veces ingería comidas grasientas y solía verter una gran cantidad de mantequilla derretida sobre los huevos fritos del desayuno. Nunca tomaba vino ni bebidas alcohólicas. Sus bebidas eran té y café, preferiblemente éste último. Su apetito, durante el tiempo en que la conocí, era caprichoso, y era sumamente rebelde a tener horas fijas para sus comidas, para el terror de todos los cocineros y la desesperación de su colega.

Recuerdo un ejemplo en Filadelfia, cuando mostró esta peculiaridad en grado sumo. Puso a una mucama a cocinar, y en este día en particular se estaba cocinando una pierna de cordero para la cena. Súbitamente, HPB se acordó de escribirle una nota a una amiga que vivía al otro lado de la ciudad, a una hora de camino de ida y a otra de vuelta, porque no había tranvías ni transportes públicos que fuesen directamente de una casa a la otra. Llamó a voces a la mucama, y le ordenó que saliese inmediatamente con la nota y le trajera la respuesta. La pobre muchacha le dijo que la comida se echaría a perder, y que ella no podría estar de vuelta hasta una hora después de la hora usual. HPB ni la escuchó y le dijo que partiera inmediatamente.

Tres cuartos de hora después, HPB comenzó a quejarse de que la estúpida e idiota muchacha no había regresado. Tenía hambre y quería su comida, conque envió a todos los sirvientes de Filadelfia en masa al diablo. En el próximo cuarto de hora ya estaba desesperada, conque fuimos a la cocina a echar una ojeada. Por supuesto, las cacerolas con la carne y los vegetales estaban en las hornillas, pero con el fuego estaba apagado, y el prospecto de comida era extremadamente pequeño. La ira de HPB era obvia, conque no nos quedó más remedio que regresar a la cocina y cocinar nosotros mismos. Cuando la mucama retornó, ¡recibió un regaño tan fuerte que rompió a llorar y dio su advertencia!

En Nueva York, si venía algún visitante, la comida lo mismo era pospuesta indefinidamente, que a él, ella, o ellos —no hacía diferencia alguna— se les invitaba a comer, y las porciones que originalmente eran para nosotros dos terminaban divididas y subdivididas quizás hasta para cuatro personas. En Bombay fue aún peor. Un día la comida se pospuso dos horas, y en otra ocasión HPB pidió que le sirvieran una hora antes de tiempo, y luego aterrorizó a los sirvientes goaneses con su furia, porque los vegetales y la carne estaban a medio cocinar. De este modo, cuando nos mudamos para Adyar, yo determiné ponerle fin a este fastidio y construir una cocina en la terraza, cerca del cuarto de HPB, asignarle un grupo de sirvientes, y dejar que comiera o dejara de comer según ella quisiera.

Cuando la visité en Londres, después que se fue a vivir allá, encontré que el mismo viejo sistema estaba en boga. El apetito de HPB era más caprichoso que nunca a causa del progreso de su enfermedad, pero sus amigos le traían toda clase de golosinas para tentarla. ¡La pobre! No era su falta, aunque su mala salud en gran medida fue causada por esa negligencia durante casi toda su vida de las reglas de la digestión. Nunca fue asceta, ni siquiera vegetariana, durante el tiempo en que la traté, y una dieta con carne parecía ser necesaria para su salud y bienestar, como mismo lo es para otras muchas personas en nuestra Sociedad, incluso yo mismo. Conozco a muchos que han tratado lo mejor que han podido de seguir una dieta vegetariana, y algunos —yo, por ejemplo— que han seguido ese experimento durante varios años, y se han visto forzados a regresar a su vieja dieta aún en contra de su voluntad. Otros, por el contrario, como la Sra. Besant y otros destacados teósofos que pudiera mencionar, se han tornado más saludables, fuertes, y mejores con una dieta sin carne, y gradualmente adquirieron un positivo aborrecimiento de la carne en cualquiera de sus formas, todo lo cual verifica el viejo proverbio: “Lo que es alimento para unos, es veneno para otros”. Yo pienso que no se debe culpar a los unos, ni elogiar a los otros por el régimen de preferencia que se escoja. No es lo que entra por la boca lo que ensucia a un hombre, sino lo que habita en su corazón. Este es un viejo y sabio dicho que vale la pena recordar.

HPB era, y todo el mundo lo sabe, una fumadora empedernida. Consumía diariamente una enorme cantidad de cigarros que enrollaba con la mayor destreza. Podía incluso enrollarlos con la mano izquierda, mientras continuaba escribiendo y “copiando” con la derecha. Su abnegado médico londinense, el Dr.

Mennell recibió el regalo más único que ella hubiera podido darle jamás a una persona: una caja, con su monograma cuidadosamente tallado en la tapa, que contenía varios cientos de cigarrillos que ella enrolló para él con sus propias manos. Se la envió poco antes de ella morir, y el médico la tiene a su lado como un *souvenir* de, sin duda alguna, su más interesante e ilustre paciente.

Mientras escribía *Isis Sin Velo* en Nueva York, no salió de su apartamento en seis meses. Se pasaba el día sentada en su mesa trabajando desde muy temprano en la mañana hasta muy tarde en la noche. No era poco común en ella el estar escribiendo diecisiete horas de las veinticuatro que tiene el día. Su único ejercicio era caminar hasta el comedor o el baño, y de nuevo regresaba a la mesa de trabajo. Como comía mucho en esa época, la grasa empezó a acumularse en grandes cantidades en el cuerpo: le salió una doble y también una triple papada; se le acumuló la grasa en las piernas, con grandes masas que le caían sobre los tobillos, y sus brazos se llenaron de tejido adiposo, de lo cual con frecuencia se reía y se lo mostraba a sus visitantes como si fuese un chiste —uno muy amargo, como probó ser varios años después.

Cuando *Isis* se terminó y empezamos a vislumbrar con certeza nuestra partida, un día ella fue con mi hermana a pesarse y la balanza marcó 245 libras. Anunció entonces que bajaría a un peso adecuado para viajar, el cual fijó en 156 libras. Su método era simple. Todos los días, diez minutos después de cada comida, le traían un vaso de los que se usan para tomar vino, pero lleno de agua. Ella le ponía una mano encima, lo miraba mesméricamente, y se lo tomaba. No recuerdo cuántas semanas duró este tratamiento, pero finalmente un día le dijo a mi hermana que la llevara de nuevo a pesarse. Me trajeron y mostraron el certificado que el dueño de la tienda de las balanzas le había dado, indicando que “¡El peso de la Sra. Blavatsky en el día de hoy es de 156 libras!” Y así continuó hasta que llegamos a la India, cuando la obesidad reapareció, persistió, y se agravó con la hidropesía, hasta su muerte.

Había un aspecto de su carácter que asombraba a los extraños y que la hacía lucir muy atractiva para quienes la querían. Era un cierto deleite infantil que exhibía cuando algo la complacía sobremanera. Entró una vez en un verdadero frenesí cuando le enviaron una caja de caviar, panetelas dulces, y otras golosinas desde Rusia, mientras estábamos en Nueva York. Quiso que lo probáramos todo, y cuando yo protesté diciendo que las huevas de pescado sabían a piel de

zapatos salada, estuvo a punto de aniquilarme. Un trozo de pan negro envuelto de casualidad en un periódico de su hogar, le sugirió la vida entera de su familia en Odessa. Me describió a su amada tía Nadjeda, sentada ya tarde en la noche en su cuarto, leyendo esos periódicos mientras se comía una de esas cortezas de pan, y luego los distintos lugares de la casa, los ocupantes, sus hábitos, y lo que hacían. Luego envolvió el trozo de pan en el mismo pedazo de periódico y lo colocó debajo su almohada para soñar sobre ello.

En mi Diario de 1878, encontré una nota del domingo 14 de julio de 1878, sobre un paseo por mar que dimos con Wimbridge, que dice:

Un día magnífico, de sol brillante, aire fresco y agradable, todo encantador. Los tres tomamos un coche, manejamos hasta la playa y nos bañamos. HPB estaba muy divertida, se remojaba en el oleaje con las piernas descubiertas, y mostraba una alegría casi infantil por estar en ese "magnetismo tan espléndido".

En Madrás, su tía le mandó como regalo varios juguetes tallados con segueta. Algunos tenían cómicos diseños y ella se los mostraba a todos los visitantes hasta que la novedad se gastó. Uno de los regalos era una carpeta de colgar en la pared, tallada en madera de ébano y calamandra, que actualmente está colocada en su vieja habitación en Adyar, donde estoy escribiendo.

En su mesa en Nueva York había una caja de ahorros de hierro, cuyo modelo parecía una tumba o un templo gótico —no podría decir cuál de los dos— que para ella era una fuente de constante deleite. Tenía una abertura en la cúpula adentro, y un inocente pareciendo a la superficie de una mesa redonda en un pilar. Esta se conectaba con una manivela por fuera, y cuando se colocaba allí una moneda y se giraba la manivela, la moneda era arrastrada por la abertura y caía adentro, y de ahí sólo podría sacarse destornillando un pequeño plato en el fondo. Hicimos de ésta, nuestra caja de colecta para el *Arya Samaj*, y para HPB—pero permitiré que sea el periodista del *New York Star* quien hable por sí mismo al respecto. En el periódico del 8 de diciembre de 1878, escribió:

Madame Blavatsky, o, como ella prefiere que la llamen, HPB (habiendo reemplazado ya el título de "Condesa" por el de "Madame", que eliminó con anterioridad) está cautivada con esta idea. "Llenaré mi pequeño templo con dólares", exclamaba, "y no me avergonzaré de llevármelos a la India". El templo al cual se refería era una pequeña, pero intrincada

estructura con una entrada, pero sin salida, para guardar el dinero de las contribuciones para el *Arya Samaj*. Es una sólida construcción en hierro colado, y encima tiene un pequeño "Dev." HPB explicó bondadosamente a este reportero que "Dev" era una palabra en sánscrito, que indistintamente se interpreta como dios, diablo, o genio en distintos países orientales. A quien ocasionalmente visita una Lamasería, con frecuencia se le invita a colocar una pequeña moneda encima del templo y a girar la manivela. El resultado es invariablemente la gran alegría del teósofo, la frustración del visitante ocasional, y el enriquecimiento del *Arya Samaj* cuando la moneda desaparece dentro en ese proceso.

He encontrado que el mismo escritor elogia también un cuadro mural hecho en hojas secas que simulan una selva tropical, que hicimos en nuestro comedor. Pensamos hacer una lotería entre nuestros amigos con los muebles de la Lamasería, y ése iba a ser uno de los premios. El reportero del *Star* dice al respecto:

Quizás una de las cosas más notables en la colección de premios extraordinarios es una, que no clama ser mágica. Es un mural ornamental bellamente elaborado de una forma tan sencilla, que parece extraño que no esté de moda. En una de las paredes del comedor del ahora famoso departamento, está la representación de una escena tropical en la cual aparece un elefante, un tigre, una enorme serpiente, un árbol caído, monos, pájaros y mariposas, y dos o tres capas de agua. No está pintado ni dibujado, pero el diseño primero fue cortado en papel, y luego se le pegaron encima hojas otoñales de varios matices, mientras el agua estaba representada por pequeños pedazos de espejos rotos. El efecto es notablemente hermoso, pero el ganador del premio necesitará probablemente de las artes mágicas para retirarlo de allí en buen estado, porque ha estado en ese lugar tanto tiempo que las hojas están secas y quebradizas.

El lado jocoso del carácter de HPB era uno de sus mayores encantos. Le gustaba decir cosas graciosas y escuchárselas decir a los demás. Como se mencionó anteriormente, su salón jamás era aburrido excepto, por supuesto, para quienes no tenían conocimiento de la literatura oriental y no entendían nada de la filosofía oriental. Para ellos el tiempo debe haber transcurrido con suma lentitud cuando HPB y Wilder, o el Dr. Weisse, o algún otro conocedor, discutían estos temas profundos y pensamientos aún más elevados en las horas que pasaban juntos. Pero incluso en estos casos, ella hablaba de forma tan poco

convencional y formulaba sus puntos de vista con tanta verborrea y asombrosa paradoja, que incluso si el oyente no podía seguir el hilo de sus pensamientos, tenía al menos que admirarla, como mismo uno puede admirar la pirotecnia del Palacio de Cristal, aunque uno no conozca los procesos químicos empleados para fabricar las piezas.

Ella usaba o se apropiaba de frases y palabras anticuadas (en inglés) como, por ejemplo, “flapdoodle” o “whistle-breeches”, y de otras que llegaron a contemplarse como sus propias invenciones. En nuestros ratos de esparcimiento, por ejemplo, tras concluir el trabajo por la noche, o cuando venían visitantes, o cuando ella raramente deseaba descansar un poco, me hacía cuentos de magia, misterios y aventuras, y me pedía que yo a cambio le cantara o le silbara canciones graciosas o le hiciera cuentos divertidos. Uno de ellos se convirtió, con las cosas que se le fueron agregando en dos años a la versión original, en una especie de burlona Odisea de la Familia Moloney, cuyos innumerables descensos a la materia, retornos al estado de fuerza cósmica, inter-matrimonios, cambios de credo, de piel, y de capacidades, crearon una extravagancia de la cual HPB nunca parecía aburrirse. Me hacía contarlos en presencia de terceras personas, lo cual muchas veces no era de mi agrado, y disfrutaba con la sorpresa de ellos en esta improvisación sin pulir. Todo esto se recitaba con acento irlandés, y era una mera fanfarronada de todo tipo y sin sentido, que lidiaba de una forma extravagante con los problemas de la evolución del macrocosmos y el microcosmos, y el quid de todo ello que los Moloney estaban casados con las Moléculas, y que ambos juntos generaron la suprema potencia de la fuerza irlandesa, que controlaba las vicisitudes de todos los mundos, los soles y las galaxias. Ello, comparado con la juguetona historia de la cual se desarrolló, era como comparar el gigante árbol de baniano con su pequeña semilla germinal. Finalmente, me llamaba Moloney, tanto cuando hablaba conmigo como cuando me escribía, y yo le ripostaba llamándola Mulligan. Ambos apodos eran conocidos por nuestros amigos, y mis viejos archivos contienen muchas cartas a ella y a mí bajo esos seudónimos ibéricos.

HPB era una espléndida pianista, y tocaba con enorme gracia y expresión. Sus manos eran modelos —ideal y real— para un escultor y nunca mejor vistas que cuando volaban sobre el teclado para encontrar sus mágicas melodías. Era

alumna de Moscheles,<sup>1</sup> y en Londres, cuando niña junto a su padre, tocó en un concierto con fines caritativos junto a la Sra. Clara Schumann <sup>2</sup> y a la Sra. Arabella Goddard, en una pieza de Schumann para tres pianos.<sup>3</sup> Durante el tiempo que duró nuestra relación, tocaba muy poco. Una vez le compraron un pequeño piano y lo tocó durante algunas semanas, pero luego éste se mantuvo cerrado hasta que se vendió, y servía como un doble librero. A veces era ocupada por uno de los Mahâtnas cuando tocaba en forma indescriptiblemente grandiosa. Otras veces se sentaba al atardecer en su habitación en mi sola presencia, y sacaba tan dulces improvisaciones melódicas de ese instrumento, que uno más bien creería estar oyendo a los Gandhâvas o coros celestiales. Era una armonía celestial.

Tenía mal ojo para los colores y para las proporciones en su estado normal, y muy poca de esa finura estética que hace a una mujer lucir bien. He ido al teatro con ella esperando que la casa se nos alzara. Ella, una mujer grande y notoria, con un vivaz sombrero de plumas, un gran vestido de raso con muchos adornos, una cadena de oro larga y pesada al cuello conectada a un reloj esmaltado azul, con un monograma en la espalda de diamantes baratos, y en sus encantadoras manos una docena o quince anillos, grandes y pequeños. Las personas quizás se rieran de ella aparte, pero cuando enfrentaban su fija mirada y estudiaban su amplia y masiva cara, su risa muy pronto desaparecía y gradualmente se mostraban poseídos por un sentido de la admiración y maravillados.

Era generosa en extremo, lujosamente en algunos casos, y en otros al contrario. Cuándo tenía dinero, tal parecía que quería deshacerse de él. Me dijo que gastó en dos años un legado de 85,000 rublos (acerca de 170,000 rupias) que le dejó su abuela, vagando por el mundo. ¡Una buena parte del tiempo tenía junto a ella a un enorme perro de Terranova, que sujetaba con una pesada cadena de oro!

Era una persona muy categórica y franca, cuando no estaba intercambiando amablemente con algún nuevo conocido, momento en el cual era una gran dama hasta la punta de los dedos. Por desaliñada que quizás estuviera en su

---

<sup>1</sup> Un pianista checo que era uno de los más destacados virtuosos de su época.

<sup>2</sup> Pianista y compositora. Esposa del pianista y compositor Robert Schumann.

<sup>3</sup> Unas semanas después de publicarse esto, supe a través de un miembro de su familia que HPB, poco antes de venir para América, realizó una gira dando conciertos en Italia y Rusia bajo el seudónimo de "Madame Laura."

apariencia, tenía el sello imborrable de alta cuna, y cuando escogía serlo, podía mostrar tanta dignidad como una duquesa francesa. Pero en su vida común, en su vida cotidiana, era tan afilada como un cuchillo en su sarcasmo, y como una bomba que explotara en sus momentos de furia. Para ella, los únicos pecados imperdonables eran la hipocresía y el darse aires de sociedad. Entonces era despiadada y agotaba las fuentes en varios idiomas para cubrir a la víctima con la contumelia. Frecuentemente veía como en un espejo, clarivamente, los secretos pecados de los hombres y mujeres con quienes se tropezaba, y cuando éstos se mostraban particularmente inclinados a hablar de la Teosofía con desdén o de ella con desprecio, derramaba frascos de iracundo candor sobre sus cabezas. Detestaba a quien le gustaba hacerse pasar por bueno, pero con una persona pobre e ignorante pero franca, tanto si era de reputación como si no, siempre tenía una palabra bondadosa o un regalo.

La falta de convencionalismo era en ella casi un culto, y nada le complacía más que hacer o decir cosas que sacudieran a los mojigatos. Encontré, por ejemplo, una anotación hecha en mi diario sobre ello, de que una noche ella se puso su vestido de noche, se fue a la cama, y recibió a ambos, damas y caballeros. Esto era siguiendo la moda de las damas nobles y de la realeza en los días anteriores a la revolución en Europa. Su palpable carencia de un sentimiento de sexualidad hacía que llevara todo esto lejos, pero sin desafío alguno. Ninguna visitante femenina vería jamás en ella a una posible rival, y ningún hombre pensaría en halagarla para instarle a cometer indiscreciones. Juraba como el ejército de Holanda, pero ello no implicaba daño alguno. Y si su poco común predilección por hacer esto no se hubiese notado tanto y sido denunciada por rigurosos seguidores de las conveniencias —siendo ellos mismos, como ella clarivamente lo veía, algunas veces pecadores y traficantes tras puertas cerradas— dudosamente hubiese dejado de hacerlo. Está en la naturaleza humana, y en la de ella lo estaba de manera superlativa, el hecho de continuar haciendo siempre las cosas prohibidas, simplemente por un espíritu de rebeldía.

Una vez conocí a una mujer cuyo hijo se acostumbró a repetir las malas palabras que les oía decir a los sirvientes. La madre, una dama ejemplar en todo aspecto, estaba desolada con ello. Los azotes y otros castigos empeoraron las cosas, y no se obtuvieron mejores resultados con el último conveniente intento, de lavarle la boca al niño con jabón cada vez que le oyeran perjurando. Finalmente, un amigo sensato aconsejó a los padres que no le prestaran atención

a las malas palabras. El plan fue un éxito rotundo y en pocos meses el culpable no perjuró más. HPB se sentía en rebeldía con todas las ideas convencionales de la sociedad, ya fueran creencias, gustos, forma de vestir, ideales y comportamiento social, conque se vengaba mostrando sus principales talentos y logros, y haciendo que la sociedad le temiera.

Desgarrada secretamente por su falta de belleza física, continuamente aludía sarcásticamente a su "nariz de papa" como si desafiara las críticas. El mundo era para ella una farsa vacía, sus premios no eran más que escoria, su vida despierta era una existencia lúgubre, y su vida real era cuando por las noches abandonaba su cuerpo e iba a sentarse a los pies de sus Maestros.

De modo que ella sentía poco menos que desprecio y un profundo rechazo hacia los fanáticos ciegos y los hombres de ciencia de mente estrecha, que ni siquiera tenían un vislumbre de la realidad, y quienes sin embargo la juzgaban con juicios injustos y conspiraban para acallarla con calumnias. A los clérigos como un cuerpo los odiaba, porque siendo absolutamente ignorantes de las verdades del espíritu, se abrogaban el derecho a ser líderes de los ciegos espirituales, para mantener la conciencia de los laicos controlada, disfrutar de entradas de dinero que ellos no se habían ganado trabajando, y condenar a los herejes, quienes con frecuencia eran el sabio, el iluminado, y el adepto. Teníamos un álbum de recortes donde pegábamos los párrafos de los periódicos que hablaban de los crímenes de los clérigos y de sacerdotes que habían sido llevados ante la justicia, y cuando nos fuimos para la India dejamos una buena colección de los mismos.

HPB hizo un sinnúmero de amigos, pero con frecuencia los perdía una y otra vez, y hasta los vio convertirse en enemigos personales. Nadie podía ser más fascinante que ella si escogía serlo, cuando deseaba atraer a personas a su labor pública. Podía ser acariciante en su tono y maneras, y hacía que la persona se sintiera como si ella la estimara al máximo, cuando no como si fuera su única persona amiga. Podía escribir en el mismo tono, y yo podría señalar a muchas mujeres que tienen cartas de ella donde les dice que podrían ser su sucesora en la Sociedad Teosófica, y el doble de hombres a quienes ella declaró como "sus únicos verdaderos amigos y chelas aceptados". Yo tengo varios de esos certificados y creía que eran un tesoro, hasta que luego de compararlos con notas enviadas a terceras personas, hallé que habían recibido elogios muy similares.

Entonces comprendí que todos los elogios carecían de valor. Con personas comunes como yo mismo y sus demás colaboradores íntimos, no debo decir que ella fuera particularmente leal ni fiel. Para ella no éramos más que peones en un juego de ajedrez, por quienes ella no sentía un amor profundo de corazón. Me contaba los secretos de otras personas de ambos sexos, incluso los más comprometedores que le habían sido confiados, y estoy convencido de que trataba los míos de la misma manera. Pero era leal al máximo a su tía, sus demás familiares, y a los Maestros, por cuyo trabajo ella habría sacrificado no sólo una, sino veinte vidas, y contemplado con calma a la humanidad entera consumida en el fuego, si preciso fuera.

---

El presente artículo, editado por el Departamento de Educación de la Sociedad Teosófica, es un segmento tomado del libro de H. S. Olcott, *Old Diary Leaves*.

Traducción y Redacción: Eulalia M. Díaz